

DOMINGO IV DE ADVIENTO (CICLO A)

En este domingo, ya próximo a la Navidad, la liturgia nos ofrece la posibilidad de fijarnos en la figura de José. De hecho, las profecías indicaban que el Mesías sería del tronco de Jesé, descendiente del linaje de David. En las Escrituras se nos muestra que Jesús enlaza con la casa de David a través de san José. Por eso, el ángel le dice: «José, hijo de David». También es José el que tendrá que dar nombre a Jesús, introduciéndolo, de esa manera, en su genealogía y mostrando así que es el heredero de la promesa. Esto nos lleva a pensar que la figura del santo patriarca no ocupa un lugar accidental en nuestra vida espiritual.

Cuando José ve que María espera un hijo por obra de Dios, él se retira. No quiere estorbar los planes de Dios en María. José intuía que sucedía algo grande que a él se le escapaba. Se encontraba ante un misterio que no podía abordar desde la racionalidad. Si José hubiera sido racionalista, María habría muerto lapidada. A ello conducía el juicio de la sola razón: mi mujer espera un hijo que no es mío, luego me ha engañado.

Por eso, lo primero que nos enseña José es a colocarnos ante el misterio. Ello lo podemos hacer sentándonos a meditar delante del Belén que construimos en nuestra casa. Contemplar lo que Dios quiere decirnos, sin anteponer el juicio de nuestra razón. Lo que Dios nos quiere dar es mayor de lo que nos cabe pensar o esperar. La apertura al misterio nos conduce a la contemplación. Y, en ese estado, Dios manifiesta su voluntad. Es lo que indica la aparición del ángel a José cuando este duerme. El ángel le dice a José: «No tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo». Sorprende la docilidad del carpintero: «Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer». Cuando hacemos lo que se nos pide, se nos da lo que se nos promete.

Y José recibe a María, y con María, recibirá a Jesús. Si no fuera por María, no tendríamos a Jesús. Pero si no fuera por la Iglesia, no tendríamos a Jesús tampoco. Por eso, en la verdadera espiritualidad católica, María es figura y profecía de la Iglesia.

Son los primeros miembros de la Iglesia los que escriben los Evangelios. Si no fuera por la Iglesia, no tendríamos acceso a las palabras y los hechos de Jesús. Si no fuera por la Iglesia, no tendríamos los sacramentos, sobretodo la Eucaristía, donde se nos da el mismo Cristo. Si no fuera por María, no tendríamos a Jesús. Si no fuera por la Iglesia, no tendríamos a Jesús tampoco. Por eso, José es el Patrón de la Iglesia Universal.

José nos enseña a dar cabida a la Iglesia en nuestro corazón, a acogerla en casa. Cuando esto sucede de verdad, se produce el acontecimiento del encuentro con Jesucristo, que sigue acercándose a cada hombre a través de su Iglesia.

Gran enseñanza para este Adviento, que nos mueve a participar afectivamente en las celebraciones litúrgicas de la Navidad. Hay una gran riqueza espiritual que se obtiene, simplemente, viviendo el tiempo de la Iglesia. Si nos dejamos modelar por la liturgia, nos embargará el misterio.